

## ***La Historia Temprana***<sup>1</sup>

**George Hasemann, Gloria Lara y F. Cruz**

Hasta hace poco, la historia cultural de la zona central parecía iniciar *in medias res*. Es decir, que toda evidencia segura de ocupación humana en ella es de fecha posterior 1000 a. C., mucho después de que las pequeñas bandas de cazadores migratorios originarios de Asia atravesaron el estrecho de Bering y penetraron por el norte al continente americano y mucho después de que los llamados “paleoindios” llegaran hasta las cordilleras de América del Sur. Sabemos, por ejemplo, que pequeños grupos de cazadores y recolectores que habitaban asentamiento semipermanentes ya estaban explotando las tierras altas de Chile en Monte Verde 13,000 años atrás.

En la parte norte del continente estos temprano emigrantes dejaron las señales indelebles de su estilo de vida nómada y de su gradual desplazamiento de este a sur en las regiones subárticas del noroeste. Preeminentes entre esas señales son las famosas puntas de proyectil de pedernal acanaladas (Clovis y Folsom), las cuales, en ocasiones, se han encontrado en clara asociación con mamíferos de gran tamaño ya extintos, tales como el mamut y el mastodonte que recorrían el norte del continente al igual que el istmo centroamericano en época tan reciente como el pleistoceno tardío (hace alrededor de 10,000 años). Puntas acanaladas o algunas similares se han registrado en hallazgos superficiales o en colecciones privadas en la zona central, pero nunca en contextos susceptibles de ser fechados adecuadamente.

También es difuso el panorama correspondiente al siguiente período, conocido como arcaico en Mesoamérica y Norteamérica (aproximadamente 7000 a 2000 años a. C.) y del primer milenio del período formativo en Mesoamérica (2000 a.C a 200 d. C). La zona central ha arrojado hasta ahora muy poca evidencia segura de la presencia de estas pequeñas y errantes bandas de cazadores y recolectores con su característico inventario de artefactos de piedra y hueso, como tampoco de los incipientes agricultores seminómadas cuyas señales de actividades se encuentran documentadas en Norteamérica y en la zona sur para la época arcaica. Es más, no se cuenta con ningún indicio significativo de que la zona central estuviera ocupada cuando la cultura mesoamericana del área empezaba a tomar su más temprana forma reconocible, incluyendo, por ejemplo, la tecnología cerámica, la cual pudo haber tenido su origen, entre otras posibilidades, alrededor del año 3000 a.C. en las regiones costeras del noroeste de América del sur (Puerto Hormiga, Colombia, y Valdivia, Ecuador) de donde se difundió a las costas del Pacífico de Guatemala en el sitio La Victoria.

En comparación con el resto del istmo centroamericano, las diferentes regiones que componen la zona central comparten esta peculiar, aunque oscura, historia cultural en esta época temprana. Esto no implica necesariamente que ninguna población humana haya habitado o, por lo menos, atravesado en esa época esta región tan rica y variada desde el punto de vista ecológico. Efectivamente existen hallazgos en Honduras y Nicaragua que sugieren una temprana presencia humana; se trata de huellas de pies

---

<sup>1</sup>**Tomado de:** Hasemann George, Lara Gloria y Cruz F, *Los Indios de Centroamérica* (Madrid: Mapfre, 1996), 63-66.

impresas en la lava, resultado de una erupción volcánica aún sin solidificarse. El primer sitio se localizó cerca de las riberas del lago de Managua. El aspecto más fascinante de este registro es que están acompañadas de las impresiones de cascos de bisonte. El otro sitio con huellas se registró en Guaimaca, en las mesetas volcánicas del sur de Honduras.

En todo caso, el fechamiento geológico para estos sitios es incierto, aun cuando algunos geólogos creen que la erupción que produjo ese torrente de lava podría haber ocurrido hacia el año 5000 a. C.

No podemos dejar de mencionar un tercer posible sitio de temprana ocupación humana en la zona central debido a que ha recibido considerable publicidad. Este consiste en concentraciones de artefactos tipológicamente tempranos recolectados en varias localidades carentes de cerámica cerca de La Esperanza, en las tierras altas del suroeste de Honduras, inclusive una punta canalada (usualmente considerada diagnóstica de la era paleoindia) registrada en un hallazgo de superficie por Bullen y Plowden. Sin embargo, los hallazgos superficiales o aun en excavaciones de posibles manufacturas líticas de tal antigüedad son acogidos siempre con gran escepticismo y requieren confirmación por medio de técnicas de fechamiento más rigurosas y fiables. Además, un contexto no cerámico no implica necesariamente una localidad de actividad precerámica.

Con el objeto de empezar a llenar este vacío en la historia cultural de la región, el Instituto Hondureño de Antropología e Historia inició en 1993 una búsqueda sistemática de la evidencia de ocupación temprana en las tierras altas de suroeste del país, cercanas a la Esperanza. Esta búsqueda se ha enfocado en los abrigos rocosos reconocibles fácilmente en los paisajes, es decir, en contextos que han arrojado numerosos vestigios de ocupación temprana en Norte y Suramérica. Uno de estos abrigos rocosos, conocido localmente como El Gigante, se encuentra a 20 km al sureste de La Esperanza. Este saliente en la roca es el resultado de la erosión de un enorme farallón de toba volcánica, la cual dejó un amplio nicho de 42 m de anchura, 17 m de profundidad y 12 m de altura. Esta media bóveda se abre en el farallón a 3 m sobre el nivel del suelo. Buena parte de los niveles superiores del suelo del depósito ha sido dañado por el saqueo, exponiendo a la vez una profunda secuencia de, cuando menos, trece episodios de ocupación en una suave matriz de ceniza. Hasta el momento, la mayor parte del suelo removido por los saqueadores ha sido pasado por coladores para recuperar los artefactos que aún contiene y se han limpiado y registrado los perfiles de los pozos de saqueo. Aunque la excavación meticulosa aún no ha empezado en El Gigante, los primeros resultados son ya de mayor interés al esperado. Las dos fechas de radiocarbono de muestras de carbón recogidas en capas sucesivas, cercanas a la base de los perfiles, han arrojado las fechas de 9950±70 y 9450±70 años de antigüedad (fechas calibradas: aproximadamente 12,000 y 11,500 años de antigüedad, respectivamente). El estrato más profundo también arrojó una punta completa del tipo "cola de pez", la cual es contemporánea de hallazgos similares en el sur, especialmente en los sitios tempranos de Colombia y Panamá, y confirma la fecha temprana propuesta por Bullen y Plowden en La Esperanza tres décadas antes. Además, la preservación del tejido orgánico es excelente gracias a las propiedades desecantes de la matriz de ceniza pulverizada: restos de papas, tiras de cuero, madera trabajada, tela burdamente tejida, cordeles, bolsas hechas de intestinos de animales cocidos con tendones y heces fecales son comunes en este sitio, al igual que

los materiales más resistentes como artefactos de piedra y artefactos de ecofactos de hueso.

Es probable que el descubrimiento en El Gigante pronto va a darle un vuelco al énfasis puesto por la investigación, en general, en la zona central y su historia cultural tendrá que ser reescrita desde sus más tempranos comienzos. Mientras tanto, sin embargo, El Gigante continuará siendo un hallazgo aislado que todavía no puede ser del todo incorporado en el corriente de la prehistoria del resto de la zona central. Por eso, en este capítulo, limitaremos nuestros comentarios a los otros datos fiables a nuestra disposición, lo cual significa que no intentaremos reconstruir los modos de vida en la zona central en la época anterior al año 1000 a. C.